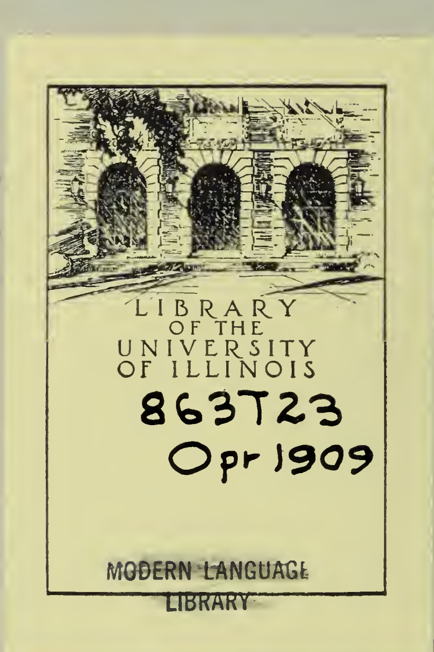




Este VOLUMEN contiene las siguientes obras teatrales :


LA PRUDENCIA EN LA MUJER
Comedia de Tirso de Molina

LA VERDAD SOSPECHOSA
Comedia de Ruiz de Alarcón

EL SI DE LAS NIÑAS
Comedia de Leandro Fernández Moratin

EL DELINCUENTE HONRADO
Drama de G. Melchor de Jovellanos

LA DISCRETA Y LA BOBA
Sainete de Don Ramón de la Cruz

LOS AMANTES DE TERUEL
Drama de Juan Eugenio Hartzenbusch

EL CUARTO MANDAMIENTO
Drama de Julio Nombela

LA MUERTE CIVIL
Drama de Giacometti

LA MASCOTA
Opera cómica-Música de Edmundo Audrán

LA VIUDA ALEGRE
Opereta - Música de Franz Lehar

SANGRE DE ARTISTA
Opereta - Música de Edmundo Eysler

LA PASTORA DE LOS ALPES
Drama - Versión española de F.Lombardia

CUATRO MUJERES EN UNA CASA
Comedia de Giacometti

TREINTA AÑOS o LA VIDA DE UN JUGADOR
Melodrama de Victor Ducange

EL CAMPANERO DE SAN PABLO
Drama -Versión española de F.Lombardia

GIACOMETTI

# LA MUERTE CIVIL

DRAMA EN CUATRO ACTOS



MADRID
Casa editorial de "La Ultima Moda",
Velázquez, 42, hotel.

1909.—Imprenta particular de La Ultima Moda.—Velázquez, 42, Madrid.

Pablo Giacometti nació en Génova el 19 de Marzo de 1817, siendo sus padres el senador Francisco María y María Nicolasa Costa, hija del célebre jurisconsulto italiano del mismo apellido, quienes dirigieron su educación para que se dedicase á la carrera del Foro; pero con grandes disposiciones para el cultivo de las letras, el joven, animado por el éxito franco con que fueron acogidas sus primeras producciones teatrales, se consagró de lleno á la literatura dramática, en cuyo ejercicio encontró un medio decoroso de vivir, cuando su madre fué despojada de su cuantiosa fortuna por un amigo desleal á quien hubo de confiársela en depósito. Giacometti escribió cincuenta y cinco obras entre comedias, dramas y tragedias, siendo las más notables *Los misterios de los muertos*, *El amigo de todos*, *Cuatro mujeres en una casa, Los maestros del pueblo, María Stuard, María Antonieta* y *Blanca María Visconti,* estrenada con éxito brillantísimo en Madrid por la Ristori. También es obra de nuestro poeta *La Muerte civil*, drama que valió un gran triunfo al inolvidable artista español Antonio Vico. En Mayo de 1860, fué condecorado por el Rey Víctor Manuel I con el collar de la Orden de San Mauricio y San Lázaro. Se ignora la fecha de su fallecimiento, aunque se sabe que bajó al sepulcro algunos meses después de haber sido agraciado con la indicada condecoración, la más estimada de Italia, lo que hace suponer que su muerte acaeció á fines de 1860 ó principios de 1861.

Nos ha sido de todo punto imposible proporcionarnos su retrato; pero como hemos de publicar algunas otras de sus más célebres obras, insistiremos en nuestras pesquisas para ver si logramos subsanar esta involuntaria omisión.

PAOLO GIACOMETTI

# LA MUERTE CIVIL

PERSONAS: ADELA MAVINI, 23 años. ANGELA, 9 años ANTONIO BRESNI, 30 años. EL DOCTOR VITALI, 40 años. EL ABAD RINALDI, 65 años. LUIS, su sobrino, 28 años. JUAN, 60 años. UN CRIADO.

*La acción pasa en una villa de Nápoles en 182...*

## ACTO PRIMERO

La escena representa la celda del abad Rinaldí. Puertas practicables á derecha é izquierda y en el foro. Muebles modestos: cuadros de asuntos religiosos decoran las paredes. A la derecha una mesita y un estante con libros; á la izquierda un pequeño reclinatorio delante de una imagen de la Virgen.

### ESCENA PRIMERA

El ABAD y JUAN

ABAD (*Sentado junto á una mesa y concluyendo de leer un papel.*) ¿Quién ha traído esta carta?

JUAN Un joven que aguarda en nuestra hospedería las órdenes de vuestra reverencia.

ABAD Dile que está bien. (*Pausa, durante la cual parecerá escuchar.*) Creo oir la voz de mi sobrino Luis... Muy temprano regresa hoy de su excursión cinegética... Debe haber sido mal día para los cazadores... (*Entra Luis.*)

### ESCENA II

El ABAD, LUIS y JUAN

LUIS (*Dejando el morral de caza y la escopeta en uno de los ángulos de la celda.*) Buenas tardes, querido tío. (*Besando respetuosamente la diestra del anciano.*) ¿Cómo se siente usted de su pertinaz reúma?

ABAD ¡Me encuentro algo mejor que

ayer!... Sin embargo, la crudeza del tiempo apenas me ha dejado moverme de este sillón... ¡No sé como te has atrevido á ir al campo nevando tan copiosamente!...

LUIS ¿Qué quiere usted?... Los jóvenes no consultamos el barómetro antes de salir de excursión. Por lo demás mi robustez me permite desafiar el frío. Mi salud es al presente inmejorable.

ABAD Sí, pero debes no cometer locuras y conservarla á todo trance: es el don más precioso que Dios concede al hombre.

LUIS Por cierto que vengo agradablemente impresionado. Acabo de hablar con el ilustre doctor Vitali y me ha asegurado que la dolencia de usted no reviste, por fortuna, ninguna gravedad.

ABAD ¿Has hablado con el doctor?... ¿No te había prohibido?...

LUIS Perdone usted... Cierto suceso imprevisto, una verdadera casualidad me han obligado á visitarle.

ABAD *(Con disgusto.)* ¡Oh! lamento con toda mi alma tu conducta, que espero procurarás justificar. (*A Juan, que durante este diálogo, habrá permanecido junto á la puerta del foro, aguardando las órdenes del Abad.*) Cierra esa puerta y avísame enseguida que venga el doctor.

JUAN Monseñor, está bien. (*Vase.*).

## ESCENA III

El ABAD y LUIS

ABAD Refiéreme lo que te ha ocurrido.

LUIS Regresaba esta tarde de mi paseo diario,cuando, desde la carretera, distinguí en la glorieta de *El Ahorcado,* el grupo formado por una mujer y una niña arrodilladas delante de la Santa Cruz que se alza en el centro de ese siniestro lugar. Me acerqué poco á poco á las dos criaturas cuyo encuentro había despertado extraordinariamente mi curiosidad, sorprendiéndome muy mucho al reconocer á la infeliz Adela Maviní, en la atribulada devota que elevaba al cielo sus preces mientras que de sus ojos se desprendían raudales de lágrimas... A mi memoria acudió súbito el recuerdo de un terrible drama...

ABAD ¿Conocías á esa desventurada?

LUIS Hace siete ú ocho años, á poco de establecer mi bufete de abogado, sostuve frecuente trato con su padre, respetable magistrado de la audiencia de Roma. Adela contaría entonces diez y seis años de edad. Recién salida del colegio, donde había permanecido desde su niñez, y huérfana de madre, no tenía á su entrada en el gran mundo otras personas que la aconsejaran y defendieran más que su buen padre y un hermano, capitán de Marina, á quien su carrera ocupaba en largos y dilatados viajes... En estas condiciones, y en la época á que me refiero, conoció á Adela el joven Antonio Bresni, pintor de gran mérito y porvenir, enamorándose ciegamente de ella. Adela, por su parte, correspondió á la pasión del artista con tal ímpetu que, á instancias de éste, huyó del hogar paterno en su compañía casándose en secreto con él.. Este fatal suceso llevó al sepulcro á su anciano padre... (*Pausa.*) Por aquel entonces acaeció la muerte de mi inolvidable madre: como usted sabe, me vi precisado á acudir á Nápoles para recoger su último suspiro.. Cuando regresé á la Ciudad Eterna, Adela y Antonio habían abandonado la capital... Hasta esta tarde no he vuelto á tener noticias de ninguno de los dos...

ABAD ¿No te ha confiado los motivos que la obligan á vivir separada de su esposo?

LUIS No... Nuestra conversación ha sido muy breve.. Los sollozos y las lágrimas no la permitían hablar... Sólo, después de darme las gracias por haberla acompañado hasta la casa de Vitali, me encareció reiteradamente que rogara á usted que desistiese de sus gestiones cerca del doctor, porque de otro modo quizá se viera privada del único amparo que le resta en el mundo.

ABAD No lo creas... Si se decide á abandonar la casa de ese hombre peligroso, por más de un concepto, yo mismo me encargaré de buscarla otro hogar en el que pueda ganarse su pan sin sufrir sonrojos ni menoscabo en su reputación... Además, sábelo de una vez. (*En

*tono más bajo.)* Esa niña, de cuya educación parece estar encargada, es... ¡Dios me perdone esta sospecha!... fruto del vicio y del adulterio...

LUIS (*Con gran sorpresa.*) ¡Cómo!... ¿Qué dice usted?...

ABAD Según datos que acaban de llegar á mi poder, esa niña... (*Interrumpiéndose al ver entrar á Juan.*) ¿Ha venido el doctor?

## ESCENA IV

Dichos, JUAN y después el doctor VITALI

JUAN Sí, monseñor.

ABAD ¡Que pase! (*Vase por el foro Juan; Luis se dispone á salir, pero le detiene el Abad.*) ¡Quédate! Así juzgarás mejor la bondad de las razones en que fundo mis sospechas.

LUIS No; acaso no agrade al doctor que alguien presencie su entrevista con usted; además, la índole del asunto que ustedes han de tratar excluye todo testigo y exige la más discreta reserva.

ABAD Tienes razón... Hasta luego...

LUIS Hasta luego... (*Le besa respetuosamente la diestra y vase por el foro.*)

## ESCENA V

El ABAD y el DOCTOR

DOC. (*Entrando.*) Perdone usted mi tardanza... Siento haberle hecho aguardar tanto.

ABAD Doctor, no debe usted disculparse, porque ya sé que numerosos desgraciados reclaman á todas horas la presencia de usted junto al lecho del dolor... Yo soy quien necesito que usted me dispense por robarle algunos instantes de su precioso tiempo. (*Ofreciéndole un sillón junto á la chimenea; el doctor se sienta cerca del Abad.*)

DOC ¿En qué puedo ser útil á usted?

ABAD Para no divagar, seré breve. Quiero hablarle de cierta persona, de quien murmura todo el pueblo, á causa de su equívoca situación por habitar en compañía de usted, y que se presta á más de un comentario nada favorable á su buena fama.

DOC. ¡Ah!... ¡vamos!.. ¿Se refiere usted á Adela Mavini?

ABAD (*Recalcando intencionadamente sus palabras.*) En efecto, amigo mío, me refiero á Adela Mavini... (*Con brusquedad.*) Todos nuestros convecinos me han pedido con insistencia que diga á usted, que es preciso, indispensable, que esa mujer salga hoy mismo de su casa, mejor aún, de la jurisdicción de nuestra abadía.

DOC. (*Poniéndose en pie.*) No comprendo el motivo de esa exigencia tan despótica como absurda... Adela Mavini es una mujer virtuosa: vive en el hogar de un hombre honrado... Se ocupa en educar á mi hija... En una palabra, es tan respetable como la más pura de las mujeres, cuyas conciencias usted dirige.

ABAD Perdone, doctor; pero me cuesta mucho trabajo creer que esa mujer pueda ser—en el preciso sentido de la palabra—aya de *la hija de usted.* (*Recalcando con mucha intención estas últimas palabras.*) Me sobran razones para afirmar que no ha tenido usted más que una, á quien yo mismo tuve el honor de bautizar en esta abadía, y que subió al cielo en Roma, cuando usted, después de haber enviudado, se trasladó á la ciudad del Tiber... Examine usted este documento que, á instancia mía, me ha remitido el digno Abad de los Benedictinos. (*Mostrando al doctor el pliego de papel que estaba leyendo al levantarse el telón.*)

DOC. ¿Qué es?

ABAD La partida de defunción de la niña Angela Vitalí.

DOC. (*Pasando con marcada frialdad, la vista por el documento, que devolverá al Abad.*) ¡Muy de lamentar es que los vendabales del progreso hayan apagado para siempre las hogueras del Santo Oficio: usted hubiera sido un celoso y activo inquisidor!... (*Pausa.*) ¿Qué uso piensa usted hacer de ese irrefutable documento?

ABAD Es harto claro: habiendo fallecido la esposa de usted al dar á luz á su hija, también muerta, usted no ha contraído nuevas nupcias, por lo que me permito suponer que esa niña que está al presente en su casa, puede ser hija de usted,

pero será ilegítima... Huelga exponer las demás conclusiones que se pueden deducir de estas premisas...: son tan evidentes, que el más lerdo las acierta.

DOC. Me parece ilógica y absurda esa solución: de que yo tenga una hija, aunque sea ilegítima, no puede deducirse que Adela Mavini es su madre.

ABAD Pero cabe suponerlo con grandes probabilidades de no equivocarse.

DOC. En resumen, monseñor, sino tiene usted más que mandarme,..

ABAD Un momento, doctor... Me creo obligado á justificar ante usted la rectitud de mis intenciones, cuyo móvil desconoce usted en absoluto.

DOC. Puede usted hablar, aunque considero muy difícil que logre su propósito.,.

ABAD Durante mi ya larga vida sacerdotal me he esforzado por evitar cuanto he podido, fomentar el escándalo, porque sé perfectamente los funestos efectos de éste... Así, al intervenir en este asunto relacionado con la vida íntima de usted, no me ha guiado otro fin que convencerle de que sólo un público matrimonio con Adela puede granjear á ustedes dos, el afecto y la consideración de que hoy carecen entre sus escandalizados convecinos.

DOC. ¿Mi matrimonio con Adela?... ¡Ah! ¡sarcasmo inaudito!... ¡Esa mujer pertenece á su esposo!

ABAD No lo he sabido hasta hace pocos instantes, que me lo ha revelado mi sobrino... Mis escrúpulos son ahora mucho mayores y más justificados que cuando suponía á esa mujer completamente libre... Entre usted y Adela existe un obstáculo infranqueable: la indisolubilidad del santo Sacramento... La iglesia rechaza con su anatema más enérgico la eventualidad de un divorcio... La mujer no puede separarse en ningún caso de su marido ..

DOC. ¿Aún cuando—como sucede á Adela - la infeliz esposa se vea obligada para convivir con él á encerrarse de por vida en el inmundo calabozo de un presidio?...

ABAD ¿Acaso el marido de Adela?...

DOC. Hace ya ocho años que los tribunales de Nápoles le condenaron á cadena perpetua... Ya ve usted que no debo abandonar á esa pobre mujer en cuya frente ha marcado su indeleble estigma de afrenta el crimen de su marido... Si la alejase de mi lado, sucumbiría... La sociedad hipócrita en que vivimos no olvida ni perdona semejantes desdichas: los desgraciados seres que delinquen, son irredentos en este siglo miserable. . Adela no tardaría en ser una presa de la seducción y del vicio.

ABAD Tiene usted razón. Reconozco aunque tarde sus propósitos y le pido que me dispense mis anteriores gestiones, tan contrarias al espíritu de la verdadera caridad, que usted siente y practica en toda su pureza y para cuyo ejercicio le ruego que me asocie, si me considera digno de ello.

DOC. Con mucho gusto... El camino de la caridad es el más llano y expedito: nos lo dejó trazado en su Evangelio el más excelso de los filósofos. Todos los hombres honrados pueden recorrerlo juntos, aunque comulguen en diferentes sectas religiosas y políticas... Adiós, señor Abad, confío que desde hoy seremos dos leales amigos.

ABAD Doctor, con alma y vida... Pero necesito pedir á usted un favor.

DOC. Concedido de antemano.

ABAD Desearía que me presentase usted á la desventurada Adela .. *(El doctor no puede reprimir un violento gesto de extrañeza.)* Quería darla algunos consejos que confortasen su alma en la crítica situación en que se halla.

DOC. Seguramente oirá á usted con la atención y el respeto que merecen sus venerables virtudes.

ABAD *(Oprimiendo entre sus manos la diestra del doctor, á quien acompaña hasta la puerta del fondo.)* Gracias, gracias... Adiós, amigo mío.

DOC. Adiós: el compañero estrecha su mano, el médico le desea buena noche.

TELÓN

# ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el acto anterior.

## ESCENA PRIMERA

El ABAD y JUAN

JUAN Monseñor, un hombre, á quien he encontrado hace poco en la iglesia, al requisar como todas las noches el convento, desea hablar á vuestra reverencia... Estaba oculto detrás de un confesionario; á mis reiteradas instancias para que abandonase el templo, me ha suplicado que le permitiese pasar la noche sobre un banco de la nave central... En la imposibilidad de acceder á sus ruegos, le he dicho que podía albergarse en nuestra hospedería, previo vuestro permiso... Al fin ha consentido, no sin mostrar cierto reparo, en dirigirse á vuestra paternidad.

ABAD Dile que pase... Quizá sea alguno de los muchos malhechores que traen alarmados con sus robos y sus crímenes á los sencillos habitantes de estas aldeas y que en cuanto se ven perseguidos de cerca por la justicia, acuden á esta santa casa para ampararse en la inmunidad de que goza nuestra abadía... También puede ser un desgraciado, cuya miseria exige pronto alivio... De todos modos, hazle entrar... (*Vase Juan, volviendo á los pocos instantes con Antonio, vestido andrajosamente: su aspecto es miserable. Detiénese en la puerta.*)

## ESCENA II

El ABAD y ANTONIO

ABAD Pase usted, hijo mío, pase usted... (*Antonio se adelanta hasta el sillón en que está sentado el Abad, á quien besa respetuosamente la diestra.*) Siéntese... Parece que está usted cansado... Su rostro denota la fatiga producida por un largo y penoso viaje... Descanse usted mientras que le preparan la cena con que refrigerar su desfallecido estómago y un lecho en donde reparar sus quebrantadas fuerzas... (*Vase Juan á una señal del Abad.*)

ANT. Dios recompense á usted sus bondades para con este infeliz, indigno de la caridad de los hombres... Sí, la fatiga y el hambre apenas me permiten hablar... He caminado todo el día sobre la nieve que ha caído copiosamente... La noche me ha sorprendido junto al atrio de este monasterio, sobre cuyas frías losas me propuse dormir, acaso el último sueño de mi vida... Aterido y hambriento, mis miembros experimentaban ya la insensibilidad del mármol... cuando la campana de la abadía tañó lugúbremente el toque de ánimas... ¡Ah! maquinal, inconscientemente penetré entonces en el templo, sintiendo con imperiosa urgencia la necesidad de elevar mi corazón hasta el Sér Supremo... ¡Hacía tantos años que la plegaria no purificaba mis labios!... Entonces me acordé de mi venturosa infancia... de mi buena madre... en cuyo regazo aprendí á balbucear las primeras oraciones y que inculcó en mi corazón los primeros sentimientos de piedad y de honradez... Entré en la iglesia... Luego, el remordimiento que me sigue á todas partes y que no deja de asomar á mi rostro, ha debido inspirar ciertas sospechas al demandadero de este convento, quien después de hacerme muchas preguntas, me ha instado á que viese á usted, asegurándome que nunca niega su limosna ni su consejo á los infelices hijos pródigos que solicitan su caridad.

ABAD Ignoro quién es usted... Pero, en todo caso, nada tema... Tranquilícese... Como sacerdote y como caballero le garantizo que su vida no corre ningún peligro... Si está enferma su alma, procuraré sanarla con mis consejos; si dormida por el remordimiento, la curación es más fácil...

ANT. ¡Gracias, padre mío, gracias!

ABAD Los ademanes y el lenguaje de usted descubren claramente la esmerada educación que ha recibido y que tanto pugna con ese aspecto que parece un disfraz, mejor que un hábito de la pobreza...

ANT. Ah, ¡diga usted mejor una mortaja de la fatalidad!... Hijo de no-

ble familia, comencé la carrera de ingeniero naval, cuyos estudios abandoné para seguir las inspiraciones de mi temperamento artístico ávido de emociones y de gloria... Así, niño todavía, huí del hogar paterno, para dirigirme á Nápoles, donde viví cinco años, aprendiendo el arte de la pintura... Al regresar á mi pueblo natal, supe que mis padres habían muerto víctimas del pesar que les causó mi ingrata conducta y la terrible noticia de un naufragio en que se perdió toda su fortuna. (*Enjúgase las lágrimas que brotan de sus ojos.*)

ABAD ¿Entonces se halla usted completamente sólo en el mundo?

ANT. (*Turbado*) Sí... no... (*Con brusquedad.*) ¿Por qué me dirige usted semejante pregunta?... La hospitalidad no da derecho á indagar la vida de la persona á quien se favorece...

ABAD Mal interpreta usted la piedad que me inspira su desgracia... Y ¿dónde piensa usted dirigirse desde aquí?

ANT. A Roma, donde nací... Aún vivirá alguno de mis antiguos condiscípulos de la Academia de San Carlos...

ABAD (*Interrumpiéndole.*) ¿Ha cursado usted en la Academia de San Carlos?... ¡Qué coincidencia!... ¿Fué acaso colega de usted Luis Cretoni... actualmente uno de los abogados más célebres de la Ciudad Eterna?

ANT. ¿Cretoni?... Era mi mejor amigo. Nos queríamos entrañablemente, como hermanos. Sería el único hombre capaz de consolarme...

ABAD Alégrese usted, amigo mío... La Providencia le ha guiado hasta aquí... Luis Cretoni es sobrino mío, y se halla actualmente pasando una temporada en esta casa... Pronto podrá usted estrechar su mano...

ANT. (*Con alegría.*) ¡Cómo!... ¿Cretoni... está aquí?... (*Deteniendo al Abad, que se dispone á tirar del cordón de la campanilla. Con sequedad.*) No... no le llame usted...

ABAD ¿Por qué?

ANT. No quiero que me vea en un estado tan miserable... La pobreza del artista tiene también su orgullo... y merece respeto...

ABAD Mi sobrino no verá en usted más que al amigo de la infancia, al compañero de Academia...

ANT. (*Con acento enérgico.*) No... repito á usted que no... Es inútil su imprudente empeño.

ABAD ¿Imprudente?...

ANT. Sí, porque arguye muy poca caridad... Estoy medio muerto por el cansancio... extenuado por el hambre... enloquecido por la fiebre y, en vez de ofrecerme un rincón donde descansar y un pedazo de pan con que reponerme... pretende usted hacerme sufrir una de las más humillantes y bochornosas pruebas porque he pasado en el ya largo calvario de mis desventuras... Pero, no lo conseguirá usted... (*Dispónese á salir.*)

ABAD Deténgase... No permitiré que se marche así... (*Deteniéndole.*)

ANT. Saldré, aunque sea contra la voluntad de usted. (*El Abad se coloca en medio de la puerta para impedirle el paso.*) Franquéeme usted esa puerta, ó... (*Colérico, coge la escopeta que dejó Luis en un rincón de la celda, y la levanta amenazando con ella al Abad.*)

ABAD ¡Ciego homicida, hiera usted si se atreve á un anciano indefenso!

ANT. (*Dejando caer la escopeta.*) ¡Ah!..

ABAD ¡Qué carácter más impulsivo y violento tiene usted! Parece que la lava del Etna corre por sus venas...

ANT. Es cierto: la contrariedad más leve, el menor obstáculo me exasperan hasta arrastrarme al crimen .. Perdóneme vuestra paternidad mi arrebato... (*Besando con respeto la diestra del Abad.*)

ABAD Hijo mío, faltas que no surgen del corazón, no pueden ofender... Sin embargo, esfuércese por reprimir la ira cuyos resultados son siempre tristísimos... (*El reloj da las ocho. Antonio se estremece al oír las campanadas.*) Ahora, permita usted que le abandone, pues es la hora de asistir al coro: la comunidad me espera...

ANT. (*Mirando con temor el reloj.*) ¡Las ocho!.. ¡Hora fatal de terribles recuerdos!...

ABAD Luis vendrá pronto... A solas con él, puede usted exponerle con más franqueza su situación... Hasta luego... (*Vase.*)

ANT. Adiós, padre. El cielo conceda á

usted el premio que merecen sus virtudes. (*Hace una profunda reverencia al Abad.*)

## ESCENA III

ANTONIO, sólo.

Me espanta ver á Luis á la vez que deseo hablarle... preguntarle por... ¿Tendrá él noticias suyas?... ¿Qué habrá sido de mi Adela y de mi María?... ¡Cruel incertidumbre!... Si viven aún, creerán que he muerto... (*Riendo sarcásticamente.*) ¡Ah! No se equivocan: he estado verdaderamente muerto ..: la cárcel y el manicomio no son más que cementerios de vivos... La muerte social causa efectos más terribles que la muerte corpórea... El organismo inanimado goza del descaso eterno.. : el mu rto civil sufre *de por vida* todo género de tormentos y privaciones ..: es un condenado á vagar siempre errante. Todos huyen de su contacto con más repugnancia que de un apestado... Pero aquí se acerca Cretoni... Seré cauto por si todavía me veo obligado á huir de este asilo... (*Recoge del suelo la escopeta y la coloca junto á la chimenea. Entra Luis que se detiene en el umbral de la puerta.*)

## ESCENA IV

ANTONIO y LUIS, en traje de casa.

LUIS (*Adelantándose hacia el centro de la escena.*) Buen hombre, acaba de decirme el Abad que nos conocemos... y, sin embargo, no recuerdo...

ANT. No es extraño. Los años no pasan en balde Además mi vejez prematura y este aspecto miserable me desfiguran de tal suerte que no me admira la perplejidad de usted delante del que fué en días más venturosos, su mejor amigo... Soy Antonio Bresni ..

LUIS ¡Antonio!. . ¡Tú!... ¡Abrázame! (*Abrazándole con efusión. Aparte.*) ¿Qué le traerá cerca de Adela?... (*Alto.*) Pobre amigo mio... ¿qué ha sido de ti?... Había oido decir que residías en América...

ANT. (*Con brusquedad.*) No.

LUIS ¿Vienes quizá de Roma?... Tu fogosa inspiración habrá descubierto en las gloriosas ruinas de aquel emporio del arte infinitos asuntos que trasladar al lienzo...

ANT. Te equivocas... La vida azarosa y agitada que he llevado, desde que me separé de Adela, me ha impedido ejercer mi profesión... (*Con desaliento.*) Mis manos no volverán á coger los pinceles...

LUIS ¿Por qué?... Pronto recobrarás la salud y las energias... No desmayes... (*Pausa.*) Temiendo ser indiscreto no te he preguntado antes por Adela: ¿por qué te separaste de ella?

ANT. (*Turbado.*) Varias circunstancias á cual más imperiosas y siniestras...

LUIS ¿Puedes decírmelas?

ANT. (*Con sequedad.*) No... ¿Sabes si viven?... ¿Tienes noticias de dónde se encuentran?. .

LUIS (*Ap.*) Temo comprometer la situación de Adela.

ANT. Tu silencio desvanece mi última esperanza .. ¡Han muerto!... ¡Pobre Adela mía!... ¡Pobre hija de mi alma!... (*Llora apoyándose en el respaldo de un sillón,*)

LUIS No te abandones al dolor... Tu esposa vive...

ANT. (*Interrumpiéndole.*) ¡Ah! vive...

LUIS Si...: habita en esta aldea; desde aquí se divisa su casa... Hoy mismo he hablado con Adela...

ANT. Y, mi hija... mi María... Será ya muy hermosa... Se acordará mucho de mí...

LUIS Nada puedo decirte de tu hija... Ignoraba que la tuvieras... Adela no me la ha nombrado siquiera ..

ANT. (*Volviendo á llorar.*) Entonces... ha muerto... ¡Pobre niña!... ¡Era tan enfermiza su complexión... no podía vivir!

LUIS Tu impetuosidad te hace más desgraciado qne tus infortunios... Te entregas fácilmente al dolor... De que no haya visto á tu hija no puede deducirse que ha muerto... Quizá esté educándose en algún colegio...

ANT. Tienes razón... Creo que vive mi María... ¿Por qué renunciar á una ilusión tan dulce? (*Con acento fogoso*) ¡Vamos, Luis, vamos á ver á Adela!..

LUIS Reflexiona que estas horas no son

las más apropósito para semejante visita... Además te hallas muy excitado.

ANT. Es verdad. Me avergüenzo (*Mirándose el traje*) de mi insensatez. Mañana veremos á Adela; te encargarás de prepararla... Así podrás darme antes algunos informes, acerca de su vida pasada y actual .. Dime, si lo sabes, ¿por qué abandonó á Roma?... ¿En qué se ha ocupado desde nuestra separación?

LUIS Hoy se encuentra en una casa respetable, desempeñando el cargo de aya de una señorita que al nacer perdió á su madre...

ANT. (*Muy emocionado*.) Sigue... sigue...

LUIS Es la hija del célebre doctor Vitali, á quien de seguro habrás oido nombrar... Fué catedrático de la Facultad de Medicina de Nápoles.

ANT. (*Como haciendo memoria.*) ¿Vitali? ¡No!... no recuerdo... (*Mirando fijamente á Luis.*) ¿Será hombre de cierta edad?

LUIS (*Con tono sincero.*) De unos cuarenta años.

ANT. Me parece muy joven para ser tan célebre... (*Preocupado.*) ¡Cuarenta años!... ¡Cuarenta años!...

LUIS ¿Qué negra preocupación anubla tu mente?

ANT. (*Con brusquedad.*) Contéstame con franqueza, si quieres con brutalidad... ¿Puedo presentarme á ese caballero y decirle... sin sonrojarme... *soy el esposo de la honrada Adela Mavini?*...

LUIS Indudablemente. Tan firme es la virtud y fidelidad de tu mujer como la caballerosidad y delicadeza del doctor...

ANT. ¡Gracias, amigo mío, gracias! (*Estrechando la mano de Luis.*) La fatalidad me persigue tan cruelmente que recelo de todo. (*Sale el Abad por la puerta de la derecha.*)

## ESCENA V

Dichos y el ABAD

LUIS Llega usted á tiempo de consolar con sus sabios consejos á mi buen amigo Antonio Bresni, esposo de Adela Mavini.

ABAD (*Con extrañeza.*) ¡Dios mío!... ¿cómo ha podido usted escapar de su prisión?

ANT. / LUIS (*En el mismo tono.*) ¿Yo? / ¿El?

ABAD Me consta que está usted condenado á cadena perpetua... ¿Acaso le han indultado?

ANT. No; soy desertor... (*En tono suplicante.*) Pero no me denuncien ustedes hasta que abrace á mi esposa y á mi hija.

LUIS ¿Denunciarte?

ABAD No tema usted. En nuestros corazones no cabe el ruin sentimiento de la delación. Antes por el contrario, interpondré mi influencia cerca del cardenal confesor de la reina para que el gobierno indulte á usted.

ANT. ¡Ah! monseñor, no sé como agradecer sus bondades... (*Pausa.*) Ahora quiero contar á ustedes la historia de mis infortunios. Así podrán juzgar si soy un criminal ó un desgraciado. (*Pausa*.) A los pocos meses de casarme con Adela, falleció su anciano padre, sin duda, agobiado por la pena de verla unida á un hombre indigno de ser su esposo...: abusando de su candor la había invitado á que se fugase conmigo de la casa paterna. Mi abominable conducta me atrajo el odio de su familia, que por todos los medios y en todas partes, me abrumó con su encono hasta llegar al lamentable extremo de que mi cuñado Alfredo, joven orgulloso y procaz, me abofeteó en público para obligarme á un desafío con él... Queriendo evitar el lance, abandoné á Roma, yendo con mi mujer y mi hija á Nápoles, donde me establecí.

ABAD ¡Sensata resolución!

LUIS De gran peso para lograr tu indulto. Continúa.

ANT. Apenas había transcurrido un año cuando Alfredo, que era entonces capitán de fragata en la Marina real, llegó á Nápoles. Otra vez se reprodujeron sus insultos que, de nuevo, soporté pacientemente... Pero, una noche, de negra memoria en los fastos de mi vida, regresaba á mi casa, cuando descubrí cerca de la puerta á varios marineros, borrachos, que charlaban alegremente, señalando con fuertes risotadas á mis

balcones... Esta circunstancia y la de pertenecer, según pude leer en la ancha cinta de sus sombreros, á la tripulación de *El Audaz*,—así se llamaba el buque que mandaba mi cuñado—excitaron mi curiosidad, y con cautela me acerqué á escuchar su conversación... Después de algunos instantes pude oir clara y distintamente estas palabras que tendré siempre presentes: «Rafael llevará al bote á la hija: Pedro y yo conduciremos á bordo á la madre: así lo ha dispuesto el capitán»... El miserable se proponía robarme á las dos. (*Pausa.*) Al oir á aquellos infames, toda la sangre de mis venas acudió á mi cerebro: loco, ciego de ira, transpuse el portal de mi casa, dispuesto á defender con la vida mi tesoro... No tuve que aguardar mucho...: presto apareció en la escalera un hombre embozado. Preparé mi puñal... pero, pensando que aquel hombre podría llevar debajo de su capa á mi hija, refrené mis ímpetus, concretándome á detener al desconocido... Se desembozó rápido é iracundo, dándome una formidable bofetada, cuya huella no han podido borrar ocho años de penas y amarguras... Febril, súbito como el rayo, me lancé sobre él, atenazando su cuerpo con mis vigorosos brazos... Al ruido de la lucha, apareció en lo alto de la escalera, mi mujer gritándome: «Antonio, respeta la vida de mi hermano...» ¡Ah! era ya tarde... Al soltar de entre mis brazos á Alfredo, éste era cadáver... Mi puñal se había clavado en su corazón...

ABAD ¡Qué horror!

LUIS Y, ¿después intentaste huir?

ANT. No .. permanecí inmóvil... mudo... como idiota... Sólo recuerdo los lamentos de Adela... el llanto de mi hija... y, que en seguida acudió la justicia, que me llevó maniatado á la cárcel... (*Pausa.*) A los cinco años volví á recobrar la razón... Los carceleros me dijeron que había estado loco... Creo que debió ser así... porque mis facultades mentales estaban muy debilitadas y sufría grandes extravíos y distracciones... Apenas pude coordinar mis ideas, sólo deseé recobrar la libertad, para volver á abrazar á mi esposa y á mi hija... (*Con alegría.*) ¡Ah! Pronto comencé á trabajar para conseguir ver realizadas mis aspiraciones... Durante aquellas horas, en que no se ejercía vigilancia sobre mí, desgastaba el primer eslabón de mi grillete afilándole sin cesar contra los barrotes de mi calabozo... Tres años tardé en concluir tan penosa faena... Hace una semana debía salir con otros compañeros á trabajar en las obras del puerto... La ocasión era la más propicia para la fuga. Tan pronto como pisé el puerto, arrojé al suelo mi ya rota cadena y me lancé al agua... Oculto bajo ésta, y no sacando á la superficie la cabeza más que para respirar, me alejé de la orilla... Los centinelas dispararon varias veces sobre mí; pero afortunadamente no me alcanzó ninguno de sus tiros... Al fin pude llegar á la barca de un pescador, que me dejó en tierra, dándome antes estos andrajos...

LUIS ¡Pobre Antonio! (*Aparece en la puerta Juan dando muestras de inquietud.*)

## ESCENA VI

Dichos y JUAN

ABAD ¿Qué sucede?

JUAN Ha llegado al convento un piquete de soldados, cuyo jefe solicita ver á vuestra reverencia.

ABAD (*Poniéndose en pie.*) Diles que ya voy. (*A su sobrino.*) Haz que preparen todo lo necesario para que tu amigo cene y descanse. (*Vase*).

ANT. ¡Dios mío! ¿Habré recobrado la libertad y llegado tan cerca de los seres queridos de mi corazón para no poder darles siquiera un abrazo?... (*Con ira: cogiendo la escopeta*). ¡Oh!... Cueste lo que cueste, veré á mi Adela y á mi María.

LUIS Nada temas... En la abadía no corres ningún peligro... ¡Aquí está asegurada tu libertad! (*Vanse por la puerta de la derecha: Antonio no dejará de mirar con terror hacia el fondo*).

TELÓN

# ACTO TERCERO

La escena representa una sala en casa del doctor Vitali, puertas laterales y en el fondo. Mobiliario lujoso. A la derecha un balcón.

## ESCENA PRIMERA

ADELA y LUIS, sentados en primer término; junto al balcón, ANGELA, cosiendo.

ADE. No insista usted. Esa entrevista con Antonio es imposible.

LUIS Sin embargo, debe usted reconocer que, á pesar de su crimen, ninguna ley divina ni humana le ha despojado del derecho que usted le otorgó al casarse con él... Mi desventurado amigo y esposo de usted, puede exigirla, siempre que se le acomode, cuentas de la fe que le juró al pie de los altares, y mucho más del sagrado depósito de su hija...

ADE. (*Interrumpiéndole vivamente y mirando á Angela.*) Silencio, Luís. Que no oiga nada esa inocente niña... la hija del doctor.

LUIS Decídase usted... Antonio me aguarda con impaciencia... Ya conoce usted su carácter.. Si tardo, es muy capaz de venir aquí en pleno día, en cuyo caso correría grave riesgo de que alguien le conociera y delatara á la justicia.. (*Con dulzura.*) Adela, tenga usted piedad de su infeliz marido... no le rechace usted; acaso no es tan criminal como usted piensa. Ya que no quiere usted hacerlo de palabra, expóngale en una carta los motivos que la impiden verle...

ADE. Tiene usted razón... Le escribiré... Usted mismo le entregará mi carta... (*Aparte.*) Una carta se medita... Si es preciso hasta se miente en ella...

LUIS. Gracias, Adela, gracias en nombre de Antonio.

ADE. Espéreme usted aquí. (*Vase por la puerta izquierda.*)

## ESCENA II

ANGELA y LUIS

ANG. Ya se fué corriendo como una loca, sin darme siquiera un beso... ¿Qué le parece á usted, don Luis?

LUIS Que su aya debía ser más cariñosa, con una señorita tan juiciosa como usted... (*Ap.*) ¿Por qué tendrá Adela tanto interés en que esta niña ignore por completo su pasado?... Se aumentan mis dudas...

ANG. (*Poniéndose en pie y acercándose á Luis.*) Pero no ha de valerle: en cuanto vuelva le diré que es una ingrata... y la daré muchos besos. Nuestros enfados acaban siempre así. La quiero muchísimo, tanto como á mi padre. Por eso me molesta que se haya marchado sin decirme adiós. Necesitaba consultarla sobre un dibujo que preparo para regalárselo a mi padre el dia de su santo. ¿Quiere usted verlo? Venga, venga usted; he oído que es usted muy inteligente en asuntos de arte, Así me dirá que le parece mi obra. (*Vanse por la segunda puerta de la izquierda Entran el Abad, Antonio y un criado. El Abad se apoyará sobre un bastón y en un brazo de Antonio, que vestirá como en los actos anteriores.*)

## ESCENA III

El ABAD, ANTONIO y un criado.

CRIA. Monseñor, tenga vuestra reverencia, la bondad de aguardar aqui mientras aviso al señor doctor. (*Vase.*)

ANT. (*Mirando á todos lados. En tono iracundo*) No veo á Luis, ni á Adela, ni á María...

ABAD Cálmese usted, y no se deje dominar por la ira.

ANT. ¡Oh! desde que usted me ha asegurado que murió la hija del doctor, estoy casi cierto de encontrar á mi hija al lado de su madre.

ABAD Sin embargo, esa suposición es algo peligrosa. No se abandone usted á ella, hasta que su esposa no confirme su veracidad. Pero aqui viene el criado. (*Vuelve á salir el criado.*)

## ESCENA IV

Dichos y el criado; después ANGELA

CRIA. Monseñor, mi amo espera á ustedes en su despacho.

ABAD Vamos. (*Apóyase en el brazo de*

*criado y de Antonio y se dispone á salir por la puerta de la derecha. Al llegar á ésta, aparece en escena Angela: Antonio se fija en ella, suelta al Abad y retrocede.*)

ANT. (*Mirando insistentemente á la niña.*) ¿Será ella?

ABAD ¡Sea usted prudente!...

ANG. (*Besando la mano del anciano, sin reparar en Antonio.*) Señor, celebro ver á usted mejorado de su enfermedad... He rezado mucho para que se pusiese usted pronto bueno.

ABAD ¡Gracias, hija mía! (*Besándola en la frente. Después, apoyado en el brazo del criado, vase por la puerta de la derecha: antes dice á Antonio, que estará mirando á Angela desde el otro extremo de la escena.*) ¿Viene usted?

ANT. No: déjeme usted aquí.

ABAD Vuelvo á recomendar á usted que sea prudente. (*Vase con el criado.*)

## ESCENA V

ANTONIO y ANGELA

ANT. (*Ap.*) No puedo reprimir los latidos de mi corazón... ¿Será este ángel mi hija?... (*Acercándose á Angela que continuará mirando hacia el lado por donde se ha ido el Abad.*) Señorita, perdóneme...

ANG. (*Volviéndose asustada.*) ¡Ah!... ¿Qué desea usted?... ¿Una limosna?... Voy á pedírsela á mi aya y y se la entregaré enseguida. (*Viendo los signos negativos de Antonio.*) ¿Está usted enfermo?... Sí: se le conoce en el rostro... Vaya á ver al doctor, que le atenderá y curará como á todos los pobres que solicitan sus cuidados. (*Sorprendida.*) ¡Cómo!... ¿No va usted?... ¿Qué le sucede?... ¿Qué pretende?...

ANT. Sólo necesito ver á usted... oir su voz... contemplar su rostro inocente.

ANG. No me mire usted así... Parece que me abrasan sus miradas... Apártese de mí. (*Cúbrese el rostro con las manos.*) ¡Me da usted miedo!

ANT. (*Muy conmovido.*) ¡Miedo!... Dios mío! ¡Qué horriblemente suena esa palabra en estos momentos! (*Viendo que Angela se dispone á salir.*) No, no se aleje. Permítame contemplar en usted la imagen querida de una hija á quien no he visto desde hace muchos años...

ANG. (*Quitándose las manos del rostro: con amabilidad.*) ¡Ah! ¿tiene usted una hija?

ANT. Sí, de la misma edad que usted...

ANG. Y ¿desea usted verla?

ANT. ¡Como á la luz el ciego! Pero, déjeme usted que confirme en su celestial mirada, en su cándida sonrisa... la ilusión más grata de mi vida. (*Muy excitado.*) ¡Sí, sí!... eres mi... (*Mirándola fijamente.*) ¡Ah... so un insensato! (*Aléjase de la niña.*)

ANG. (*Ap.*) ¿Qué le pasará á este pobre hombre?

ANT. Imposible es que la memoria recuerde lo que nunca se ha visto. ¿Por qué ha de parecerse esta niña á mi hija..? (*Volviéndose á acercar á Angela.*) ¿Cómo se llama usted?

ANG. Angela Vitalí.

ANT. ¡Cuánto diera yo porque se llamase usted María!

ANG. ¡María!... ¿Por qué?

ANT. Porque ese es el nombre de mi hija... ¡Oh!... ¡Qué bella y qué interesante era cuando la dejé en brazos de su madre!... (*Con brusquedad.*) ¿Nadie ha hablado á usted, en esta casa, de mi María?...

ANG. No. ¿La conoce mi padre?

ANT. No; pero tal vez su madre de usted..

ANG. ¡Mi madre!... ¡La pobre murió al nacer yo!...

ANT. (*Con voz reconcentrada.*) ¡Aumentan mis dudas!

ANG. (*Ap*) ¡Dios mío! tengo miedo... ¿Estará loco este hombre?

ANT. (*Iracundo.*) Si la niña Angela murió... Si esta no es mi María... si es hija del doctor... ¿Quién es su madre?...

ANG. (*Ap.*) ¿Qué pensará?...

ANT. (*Con creciente excitación.*) ¿Debo abrazar y besar á esta criatura como el ser idolatrado de mi corazón, ó estrangularla entre mis brazos como el estigma indeleble de mi deshonra?...

ANG. (*Ap*) ¡Ay, cada vez se pone más furioso!... (*Hace ademán de marcharse.*)

ANT. (*Con brusquedad y cogiéndola por un brazo.*) ¡No, no te alejes! (*La niña se detiene asustada.*)

ANG. Déjeme salir... Me da miedo estar con usted.

ANT. Es necesario que cure usted la herida que su desvío ha abierto en mi corazón.

ANG. ¿Cómo?

ANT. Llamándome padre... Permitiéndome besar su cándida frente.

ANG. ¡No, no!... ¡jamás!... ¡Repito que me da usted miedo! (*Vuelve á cubrirse el rostro con las manos. Viendo que Antonio se acerca á ella, corre á esconderse detrás de los muebles; Antonio la sigue á todos lados. Ella grita:*) ¡Adela!... ¡padre!...

ANT. (*Amenazándola.*) ¡Calla, miserable y orgullosa criatura!

ANG. (*Juntando las manos en tono de súplica.*) ¡Ah, no me haga usted daño!

ANT. (*En el colmo de la ira.*) Obedéceme ó... (*La niña lanza un grito: ve en la puerta izquierda á Adela y corre hacia ella: Antonio al advertir la presencia de su esposa, quiere aproximarse á ella, en actitud cariñosa: Adela coge violentamente de un brazo á la niña y la empuja dentro de su habitación, de donde sale enseguida quedándose después delante de la puerta. Antonio contempla brevemente á su mujer que permanece fría é inmóvil.*)

## ESCENA VI

### ANTONIO y ADELA

ANT. ¡Adela!... ¡Adela mía!... (*Adela oculta entre las manos el rostro: Antonio al ver la indiferencia de su esposa, avanza hacia ella algunos pasos en actitud airada. Después de breve pausa, la dice más sereno:*) Extraño recibimiento el tuyo... Sin embargo, ya sabías mi llegada, porque Luis te la ha anunciado... Me aguardabas... ¡Cuán impacientemente he deseado que llegase este instante para que me hables de nuestra querida María! (*Adela le enseña un papel que Antonio recoge.*) ¿Qué es esto?... ¿Una carta? (*Después de breve pausa.*) Te comprendo... pero dudo que este papel conteste todas las preguntas que necesito dirigirte... (*Pausa.*) Tienes razón. Tu silencio es perfectamente lógico... En esta carta me recriminarás, me acusarás... tal me insultes...: por eso no quiero leerla... (*se la guarda*) sino oir de tus labios lo que siente tu corazón... Eso me importa más que saber lo que piensa tu cerebro aleccionado por tu inexorable rencor... Responde á mis preguntas, y pide á Dios que no me falte la calma en esta dolorosa situación. (*Pausa.*) Ante todo, ¿esa niña que estaba aquí hace poco es mi hija?

ADE. (*Turbada y con acento temeroso.*) ¿No te ha dicho ella misma que se llama Angela, y que es hija del doctor Vitali?

ANT. En efecto, me lo ha dicho... Otro tanto me ha asegurado Cretoni... pero ¿tú participas también de esa creencia?

ADE. No tengo motivos para dudar de ella.

ANT. Sin embargo, hay uno poderosísimo, casi decisivo. El señor Abad me ha enseñado la partida de defunción, convenientemente legalizada, de Angela Vitali, hija legítima del doctor y *única*, que, como tal, se halla inscrita en el registro de nacimientos de la abadía de esta comarca.

ADE. Al encargarme de la educación de la hija del doctor, no se me ocurrió exigirle una certificación de su legitimidad... Asunto es este que ni á ti ni á mí nos interesa... Nuestra hija y yo perecíamos de hambre y de frío, cuando yo acepté el pan y el albergue que ese sabio generoso nos ofreció en su casa, no proponiéndome desde entonces más que hacerme digna de su desinteresada protección.,,

ANT. (*Muy afectado.*) Hiciste bien. ¡Pobre María, tan niña sufriendo ya las amarguras de la vida!... (*Pausa. En tono brusco.*) Supongo que ahora no correrá ningún peligro su preciosa vida.

ADE. (*Con frialdad.*) No... ninguno.

ANT. Pero ¿donde está que no ha venido á abrazarme...? ¿Qué ha sido de ella?.. Dímelo pronto .. ¿No ves que me mata la ansiedad?... (*Adela levanta al cielo sus ojos y sus manos con gesto solemne. Antonio lanza un grito, y muy conmovido avanza con paso vacilante, apoyándose después en el respaldo de un sillón.*) ¡Muerta!... ¡Oh! sobre

mi conciencia pesa otro crimen, el más horrendo de los que entenebrecen mi existencia... (*Pausa. Con brusquedad.*) Pero es imposible... ¡No, no!... Mi corazón me dice que mientes... ¡Mi hija vive!... Ninguna madre habla de su hija muerta, con esa frialdad...: hasta las fieras se enternecen con ese recuerdo . (*Con ira: amenazándola.*) ¡Adela! ¡Adela!... confiesa qne me has engañado, ó pruébame que es verdad lo que dices.

ADE. Acude á los tribunales y te dirán que un homicida no tiene derecho á exigir cuenta ni razón de una familia á la que renunció al cometer su delito y de la cual no se ha acordado durante tantos años.

ANT. ¡Perdóname!... Pobre y enfermo, apenas he recobrado la libertad, me he apresurado á venir en tu busca, desafiando gravísimos obstáculos, inminentes peligros, sólo por tener el inmenso consuelo de abrazarte... de besar á mi hija... No os he olvidado ni un solo instante... ¡Sin la dulce ilusión de volver á veros, ya hubiera estrellado mi cabeza contra los sombríos muros de mi calabozo!... (*Con acento humilde y cariñoso.*) Adela, tu corazón es noble, es bueno; perdóname... Si te avergüenza llevar un nombre manchado por el crimen, sígueme al otro continente: allí sabré conquistarme otro ilustre y respetado con mi paleta y mis pinceles.

ADE. Cambiando de país y de nombre, ¿corregirás también tu indómito carácter?... ¿Podré olvidar nuestro terrible y afrentoso pasado?... A todas partes nos seguirán los espectros ensangrentados de mi padre y mi hermano... (*Pausa.*) Sé generoso...: déjame llorar tranquila mi infortunio y sigue la senda que te señala el Destino...

ANT. (*Con acento iracundo.*) No sé como he podido contenerme, oyendo tus mal encubiertas mentiras. Conozco tus intenciones livianas. No puedo consentir que permanezcas ni un instante más en esta casa, que has manchado con tu escandalosa conducta...

ADE. ¡No esperaba de tí un insulto tan grosero y soez!... ¡Haces bien ultrajándome así!... Lo merezco por mi abominable comportamiento con mi familia... (*Llora.*)

ANT. (*Muy excitado.*) ¡Basta ya de farsas y engaños! .. (*Acércase á su esposa.*) Si ha muerto nuestra hija ¡nada puede retenerte en esta tierra maldita! .: sígueme lejos de aquí... Evítame la presencia de ese hombre á quien odio sin conocerle, ó no respondo de mí.

ADE. (*Interrumpiéndole, aterrada.*) ¡Antonio!... ¿Serías capaz de un nuevo crimen?

ANT. ¡Nadie más que tú tendría la culpa!... Es peligroso pisar el áspid enfurecido... Apresúrate á librarme y á librarle de mis celos, de mi envidia, del furor que rebosa mi alma .. (*Asiendo de una mano á Adela, la arrastra hacia sí. Ella se resiste y cae de rodillas.*)

ADE. ¡No!... ¡Apiádate de mí!...

ANT. ¡Ven!... (*Levanta la mano para pegarla, pero, avergonzado de su acción, déjala caer presto, murmurando con voz sombría.*) ¡Oh, soy un miserable!... (*Aparece en la puerta de la derecha Luis, detrás de éste, el Abad y el doctor.*)

## ESCENA VII

Dichos, el ABAD, LUIS y el DOCTOR

LUIS (*Desde la puerta.*) ¡Antonio!

DOC. ¡Caballero!... ¿Olvida usted que se encuentra en mi casa, y que esa señora pertenece actualmente á mi familia?

ANT. A nadie concedo el derecho de interpretar la corrección ó la grosería de mis acciones... Nadie menos autorizado que usted para interpelarme en esa forma...

DOC. He aquí un extremo acerca del cual desearía hablar con usted, si tiene á bien escucharme. (*Invitando á los demás para que se marchen.*) Adela... señores ..

LUIS Voy á la abadía á preparar todo lo necesario para el viaje. (*Saluda á Vitali.*)

ABAD (*Acompañando á su sobrino hasta la puerta del foro.*) Sí: es absolutamente preciso que mañana mismo abandonen los dos esta casa... Adela desearía conferenciar brevemente con usted.

ADE. Señor Abad, estoy á su disposición. También yo he menester ha-

cer una consulta á vuestra reverencia (*Vanse los dos por la primera puerta de la izquierda. El doctor cierra todas las puertas. Antonio le observa en silencio.*)

## ESCENA VIII

ANTONIO y el DOCTOR

DOC. Don Luis acababa de comunicarme la llegada de usted á la abadía, cuando se ha presentado usted en mi casa. Aunque no aguardaba tan pronto su visita, que nunca juzgué imposible de realizarse, porque en estos tiempos los indultos y las evasiones son muy numerosos, he de advertir á usted que este suceso no me sorprende de improviso: hace mucho tiempo que había acordado con su esposa algunas medidas para cuando llegase este momento. (*Viendo que Antonio se esfuerza por reprimir su impaciencia.*) Procure usted escucharme con tranquilidad... (*Se sienta ofreciendo una silla á Antonio que continuará en pie.*)

ANT. Caballero, sospecho que se propone usted darme explicaciones que no he pensado pedirle... y le advierto que no he de tolerar semejante insulto... Así, pues, para no divagar, conteste usted clara y concretamente á mis preguntas.

DOC. Como usted quiera. Estoy acostumbrado á sufrir las extravagancias de los enfermos. Comience usted su interrogatorio.

ANT. Mi primera extravagancia es exigir á usted la partida de bautismo de su hija.

DOC. Me pide usted lo que no puedo darle; hoy, no tengo ningún hijo.

ANT. Entonces ¿quiénes son los padres de esa niña de cuya educación está encargada mi esposa?

DOC. Esa niña que todos suponen hija mía, es María, la hija de usted.

ANT. ¡Es María!... ¡Mi hija!. . ¡Ah! Este momento de placer compensa todas las amarguras del presidio... (*Casi desvanecido déjase caer sobre un sillón.*) ¡Mi razón se turba!... La emoción me roba las fuerzas... ¡Gracias, caballero, gracias, por haberme conservado mi hija!... (*Pónese en pie, dirigiéndose hacia la puerta de la izquierda.*)

DOC. (*Deteniéndole.*) Un momento: prohibo á usted cruzar el dintel de esa puerta hasta que no haya oído lo que necesito decirle...

ANT. (*Iracundo.*) ¡Cómo!... ¿Acaso el dueño de esta casa me veda abrazar á mi hija y á mi esposa?...

DOC. Es preciso saber antes si usted es digno de ellas... (*El doctor le mira fría y tranquilamente, invitándole con un gesto á sentarse.*) Escúcheme usted con calma, pues vamos á tratar un asunto muy grave.

ANT. (*Sentándose. Ap.*) Me subyugan la mirada y la sangre fría de este hombre...

DOC. Hace ocho años que, en el hospital de esta localidad confiado á mi dirección, ingresaron su esposa y su hija de usted; habían llegado de Roma el día antes en una de esas levas que las autoridades de los centros populosos ordenan con tanta frecuencia para retirar de la vía pública á los indigentes que pululan mendigando la caridad... Pronto hubieran muerto las dos, tan profunda era su postración, sin los cuidados que nos apresuramos á prodigarles... Pocos días antes habían fallecido mi esposa y mi hija Angela... Ruego á usted que se fije en esta circunstancia, que le explicará suficientemente porque no ejercieron sobre mí ninguna influencia la belleza y la juventud de Adela... Mi corazón estaba muy atribulado y preocupado mi cerebro...: en tal situación de ánimo, la materia permanece indiferente á las atracciones de la belleza... En el benéfico asilo, sólo compasión nos inspiró á todos la infeliz mujer que sufría tan cruelmente las consecuencias de un crimen que no cometió... Transcurrido algún tiempo, pude conocer y apreciar las virtudes y la abnegación de esa desdichada madre... Se lo confieso á usted lealmente; si hubiera sido posible romper los lazos que la ligan á usted, la habría ofrecido mi mano y mi apellido, para rehabilitar el suyo, mancillado primero por el delito de usted y después por las calumnias del vulgo... De esto, Adela no sabe una palabra... No me complazco en hacer frente á lo imposible... (*Pausa.*) Extremé mis cuidados á la niña, á quien quiero hoy con toda mi alma, tanto como

á aquel ángel que está en el cielo junto á su madre... Pero, ¡ay! las dulzuras del padre adoptivo viéronse turbadas bien pronto por los temores del médico... María es demasiado débil... Su exquisita sensibilidad, su precocidad mental auguraban una muerte rápida por cualquier emoción violenta... ¡Pobre niña, decíame, consultando los libros! ¿qué será de ti cuando preguntes quién fué tu padre?.. ¡Oh, quién te descubra ese horrible secreto, causará tu muerte!... Por otra parte, el silencio y la confusión de tu madre te harán recelar que en la historia del autor de tus días se oculta algo siniestro que no quieren decirte...

ANT. ¡Horrible verdad!...

DOC. Más tarde, continuaba mi soliloquio, cuando seas mujer, cuando ames y seas correspondida por el hombre á quien elija tu corazón, ¿no se negará éste á dar su nombre honrado á la hija de un presidiario?...

ANT. (*Interrumpiéndole.*) ¡Basta!.. ¡basta!... ¡Hay verdades que no pueden decirse!.. (*Intenta ponerse en pie, pero no lo hace ante la mirada del doctor.*)

DOC. Estas reflexiones me sugirieron la idea de adoptar á María; siendo de la misma edad que mi Angela el engaño era harto verosímil. Comuniqué mi proyecto á Adela, quien, ante las poderosísimas razones que expuse para demostrar la conveniencia del mismo, accedió á él, comprometiéndose á no revelar nunca á su hija el nombre ni la historia de su verdadero padre. Después, no tengo para que decirle que tanto su esposa como yo no nos hemos ocupado más que en hacer feliz á ese ángel... Ahora juzgue usted nuestra conducta como mejor le plazca.

ANT. Reconozco la nobleza y generosidad del proceder de usted... mucho más cuando no ha obedecido á ningún móvil interesado... Sin embargo, creo que nunca debió usted olvidar que esa niña tiene un padre legítimo, cuyos derechos nadie puede discutir.

DOC. Esa idea me ha preocupado constantemente... ¡Pero como una prisión perpetua se parece tanto á una sepultura!... La muerte civil apenas se diferencia de la muerte física... De todos modos, fuerza es que convenga usted en que mi conducta no ha sido nada egoísta.

ANT. (*En tono resuelto.*) Eso es justamente lo que deseo que usted me demuestre... (*Señalando la puerta de la izquierda.*) En esa habitación está encerrada mi hija con su madre... Llámela y descúbrala ese sutil engaño que usted acordó con Adela.

DOC. (*Con frialdad.*) No debo hacerlo.

ANT. Entonces se lo diré yo delante de usted... (*Avanza algunos pasos hacia la puerta, delante de la cual se colocará el doctor.*)

DOC. Piense usted que semejante revelación es la sentencia de muerte de su hija... ¿Se atreverá usted á decir á esa inocente niña?... «no eres hija del hombre honrado á quien respetas y amas como padre... Yo, que soy un miserable que aún llevo impresa en mi cuerpo la infamante marca del presidio... soy tu padre...»

ANT. ¡Oh! Calle usted, calle usted... Ha envenenado usted mi corazón, rompiéndolo en mil pedazos fibra por fibra.

DOC. Cumplo un deber sagrado. Mate usted, si quiere, con una sola palabra á su hija... y renuncie con este nuevo crimen, á la única expiación que, en este mundo, puede redimir sus delitos.. Ahora, haga usted lo que mejor le plazca. (*Abriendo la puerta de la izquierda. Llamando.*) ¡Adela!... ¡Señor Abad!... Tengan ustedes la bondad de venir aquí (*Sale Adela y después el Abad apoyado en el brazo de la niña.*)

## ESCENA IX

Dichos, el ABAD, ADELA y ANGELA

ADE. (*Ap. al doctor.*) ¿Le ha revelado usted?

DOC. Todo, absolutamente todo.

ANG. (*Corriendo á abrazar al doctor.*) Padre querido, ¡hoy no te he visto en todo el día!

ANT, (*Ap.*) ¡Dios mío!... ¡Cuánto sufro!...

ANG. Te he echado mucho de menos, porque hace poco ese hombre (*Señalando á Antonio*) me dió un sus-

to muy grande... ¡Oh! no sabes como me miraba... Debía estar enfermo ó loco. (*El doctor y Adela miran á Antonio. Este y el Abad parecen muy abatidos.*) Quería abrazarme y que le diera un beso... ¡Ah! he pasado mucho miedo.

DOC. Pero debiste ser más cariñosa con un pobre enfermo... (*Recalcando estas palabras.*) cuya razón se haya perturbada.

ANG. Si no hubiera querido más que un beso, se lo habría dado... pero me exigía que le llamara padre... y yo no tengo más padre que tú... (*Besando cariñosamente al doctor.*) ¡Ah, si me faltases, moriría de dolor!...

ANT. (*Sollozando, sin poder contenerse.*) ¡Qué tortura más horrible!...

ANG. ¡Mírale como llora!... ¡Oh, me da miedo ese hombre! (*Escóndese detrás del doctor.*)

DOC. ¡Espantoso castigo!

ABAD ¡Infeliz padre!

ADE. (*Acariciando á Angela.*) No temas... (*La coge de una mano y la acerca á Antonio Angela se resiste á obedecer, volviendo la cabeza hacia donde está el doctor.*) ¿Verdad, buen hombre, que no quiere usted hacer ningún daño á la niña?

ANT. (*En tono humilde; llorando.*) No... no... Si ella pudiese...

ANG. ¡Compadecerle, sí... amarle, no!... (*El Abad la coje una mano.*)

ABAD Hija mía, ten piedad del que sufre.

ANG. Sí, monseñor; pero vámonos de aquí... su mirada me hace daño... (*Vase con el Abad por la puerta de la izquterda. Antonio, oculto el rostro entre las manos, da muestras de un gran dolor. Adela le contempla llorando. El Doctor se acerca á él, estrechando afectuosamente su mano.*)

DOC. ¡Ha sido una prueba cruel, por cuya victoria felicito á usted!... Esa abnegación le rehabilita á mis ojos..., le devolverá el amor de su esposa. (*Mirando intencionadamente á Adela*) y salvará la vida de su inocente hija...

TELÓN

# ACTO CUARTO

La escena representa el despacho del doctor Vitali. A la derecha y en el centro, puertas; á la izquierda un balcón. Decoran la estancia muebles lujosos, varios estantes con libros y aparatos quirúrgicos. Cuando se levanta el telón, entra por la puerta de la derecha el doctor, con traje de calle, acompañando al Abad y á Antonio.

## ESCENA PRIMERA

El DOCTOR, el ABAD y ANTONIO

DOC. Aquí pueden ustedes aguardar que vuelva don Luis. Nadie les molestará, porque está prohibida á todos la entrada en esta habitación... Dispénsenme, si les abandono, pero el deber profesional me llama á la cabecera de un enfermo... Sin embargo, regresaré á tiempo de hablar un rato con ustedes. (*Estrecha la diestra de Antonio, saluda con una profunda reverencia al Abad y vase. Antonio se sienta, pareciendo muy abatido.*)

## ESCENA II

El ABAD y ANTONIO

ABAD Amigo mío, tenga usted resignación... ¿No dice usted que su esposa le ha dado todas las explicaciones que usted ha exigido de ella?... ¿No afirma que el pasado de Adela es tan puro y honrado como su conducta actual?... ¿El mismo doctor Vitali no ha convencido á usted suficientemente de la bondad de sus intenciones respecto de la niña?... (*Pausa.*) ¿Por qué entristecerse cuando le sonríe la esperanza más dulce?

ANT. ¡Oh! maldigo el instante en que me fugué de mi calabozo... Los muertos no tienen derecho á turbar la felicidad de los vivos...

ABAD Piense usted sólo en expiar su crimen que unicamente á Dios compete juzgar.

ANT. Monseñor, ruego á usted que no me abrume más con sus piadosos consejos... He jurado á usted que me separaré de mi hija sin decirla siquiera: «Soy tu padre, abrázame...» y cumpliré mi juramento... Es el mayor sacrificio que puedo

realizar... Es la expiación más cruel de mis culpas... En las breves horas que estoy en esta casa, he sufrido más que en los ocho años que arrastré la cadena del presidio. (*Viendo entrar á Luis.*) Querido amigo, salgamos pronto de aquí, esta atmósfera me asesina... Creo que voy á volverme loco.

## ESCENA III

Dichos y LUIS

LUIS Cálmate... Reflexiona que sería una imprudencia que podría costarte muy cara salir en pleno día á la calle... Me parece que las autoridades sospechan quien eres, porque he visto á algunos polizontes rondando la abadia... Sin embargo, esta noche regresarás con todo género de precauciones al convento, bajo cuya inmunidad permanecerás hasta que el rey conceda tu indulto.

ABAD Que alcanzaremos seguramente por mediación de mi buen amigo el cardenal confesor de la reina...

ANT. Pero mientras que la concesión de esa gracia sigue los trámites ordinarios, no puedo continuar en este pueblo, sin comprometer á ustedes que me protegen tan generosamente... Además pienso que Adela debe abandonar conmigo hoy mismo esta casa.

LUIS Estás en un error. La repentina desaparición de tu esposa excitaría las sospechas de estos sencillos lugareños... Seria contraproducente á nuestro objeto. Debemos proceder con cautela: Adela no puede alejarse de aquí al mismo tiempo que tú... (*Pausa.*) En el caso improbable, de que no pudieses entrar esta noche en la abadía, mañana partiríamos los dos, llevando tú un pasaporte en toda regla y en el que aparecerás como un criado mío... En seguida nos dirigiremos á Nápoles, donde embarcarás para América... Esto si fuera denegado el indulto.

ANT. Y ¿Adela?

LUIS Si tuviéramos la desgracia de que el soberano no accediera á nuestra súplica, yo mismo acompañaría á tu esposa á Nápoles para que se reuniera contigo.

ANT. ¿Cómo podré pagarte tantos favores?

LUIS Siendo más juicioso y refrenando la ira.

ANT. Sino hubiera sido por ustedes, habria sucumbido á la desesperación... Perdonen los agravios que mi carácter impetuoso haya podido causarles, pero ya saben que he estado cinco años loco y aún hoy mi cerebro no rige con normalidad... Sin los buenos consejos y la leal amistad de ustedes, hubiera puesto fin á mi vida miserable después de haber recibido esta carta de Adela...

ABAD Vamos, hijo mío, sufra con resignación su destino... Silencio, viene la esposa de usted...

## ESCENA IV

Dichos y ADELA

ADE. (*Besando con respeto la diestra del Abad.*) Monseñor... (*Estrechando la de Luis.*) Amigo mio, gracías por haber cumplido mi encargo.

LUIS Aprovecho esta ocasión para despedirme de usted... Mañana, al rayar el día, quiero partir de este pueblo... Antonio dirá á usted el plan que hemos concertado para el viaje de ustedes.

ADE. ¿No habrán olvidado que no he de separarme un sólo instante de mi esposo?

LUIS Lo hemos tenido muy presente, si bien ello no podrá ser hasta que la reina conceda el indulto... Ahora es preciso que pernocte hoy en la abadia y que me acompañe á Nápoles, donde se ocultará en lugar seguro... Mi tio dará á usted con frecuencia noticias nuestras .. Con que, hasta la vuelta, Adela... Adiós, Antonio. (*Estrecha la mano de Adela.*)

ABAD Adiós, hijos míos. El cielo os bendiga. (*Adela besa la diestra del anciano, que vase apoyado en el brazo de su sobrino. Antonio, muy conmovido, se reclina sobre el respaldo de un sillón. Adela le contempla en silencio.*)

## ESCENA V

ADELA y ANTONIO

ADE. (*Acercándose á Antonio: en tono cariñoso.*) No te aflijas... Ahora

somos dos á luchar contra el Destino... Cuando el recuerdo de nuestra hija, ausente, lejos de sus padres, llene de lágrimas nuestros ojos, tú enjugarás mi llanto y yo consolaré tu corazón...

ANT. Sin embargo, es necesario que me digas con sinceridad si estás resuelta á compartir mi triste suerte.

ADE. He jurado seguirte adonde quiera que vayas y cumpliré mi juramento.

ANT. (*Con amargura.*) Lo cumplirás... pero ¡sólo Dios sabe la magnitud de tu sacrificio!... Por mi dolor, al separarme de mi hija, comprendo cual debe ser el tuyo, exacerbado por la ausencia de otra persona querida.

ADE No te comprendo.

ANT. Adela, excúsame aventurar palabras que podrían ofenderte... (*Con brusquedad.*) ¿Cuando abandonemos esta casa, quién quedará al cuidado de nuestra hija?

ADE. (*Ap.*) ¡Tiemblo por su razón!... (*Alto*) ¿No hemos convenido en confiársela al doctor, á quien estamos tan obligados?

ANT. En efecto, eso hemos acordado... Que nos reemplace junto á ese ángen el noble y desinteresado amigo... caballero dignísimo. (*Recalcando con mucha intención estas últimas palabras.*)

ADE. Antonio, tu ironía me hace mucho daño...

ANT. (*Con ira.*) ¿Mi ironía?... Más atormenta mi alma la sospecha que mis labios no atreven á formular... (*Muy excitado y hablando con mucha dificultad.*) Dime... dime hasta qué extremo estás obligada á ese hombre... y si él... por su parte... Todo, Adela, dímelo todo... Si temes el fallo del esposo, revélale tus secretos al amigo... De cualquier modo que sea, mi febril mente que vaga entre lo verosímil y lo absurdo, necesita saber si tu alma ha hallado, en esta casa, la tranquilidad que el corazón humano persigue incesantemente á través de los azares de la vida...

ADE. Pues lo exiges, seré franca contigo... Ya conoces al doctor y sabes sus nobles sentimientos. No tengo para que enumerarte los grandes favores que le debemos tu hija y yo... El nos sacó de las garras de la miseria librándonos de la muerte... Mi agradecimiento hacia este hombre generoso no reconoce límites. (*Pausa.*) Pero lo que en un principio fué solo gratitud, trocóse con el tiempo en un afecto grato y profundamente grabado en mi corazón... Avergonzada de haber alimentado siquiera por un momento tales sentimientos y horrorizada ante las funestas consecuencias que mi infidelidad pudiera acarrearnos á todos, evoqué en mi memoria tu recuerdo y el de mis deberes jurados al pie de los altares... ¡La lucha fué larga, cruel, empeñada, pero triunfé en ella!... Me enorgullece decírtelo, porque fácilmente hubiera podido evitar el combate huyendo de aquí, pero no me atreví á destruir el porvenir de mi hija... La inocente niña fué el escudo que defendió á esta mujer joven y pobre, pero honrada.

ANT. Y, ¿el doctor?...

ADE. Creo que su alma ha sostenido igual lucha, pero nunca me ha dicho una sola palabra que pudiera traducir sus intenciones en este sentido... Los dos hemos vivido respetándonos mutuamente y resueltos á no sucumbir á una pasión vergonzosa. (*Pausa.*) Ahora, ya te he confesado mi debilidad y mi fortaleza... Puedes juzgar mi conducta.

ANT. Fáltame saber, si en ese combate interno, flaqueaste alguna vez, pensando en mi muerte.

ADE. No, Antonio, jamás acudió á mi mente semejante idea. Si tal desgracia hubiera deseado, me habría avergonzado de mí misma, no hubiera podido mirar con ojos serenos el rostro angelical de nuestra amada hija.

ANT. (*Más excitado que antes.*) Pero, y si Dios—más misericordioso que los hombres—me hubiera llamado á su seno, rompiendo la muerte el lazo que nos une, ¿no hubieras consentido de buen grado en ser la esposa del doctor Vitali? (*Adela después de leve vacilación, mira á Antonio como desconfiando de la lealtad de su pregunta: luego bajando al suelo su mirada, pronuncia con voz casi ininteligible:*

ADE. ¡Sí! (*Después permanece inmóvil y avergonzada. Antonio que la*

*habrá estado mirando fija y ansiosamente, al oir su respuesta lanza un suspiro ahogado, se lleva la mano al corazón, y luego deja caer lánguidamente el brazo en que se apoyaba su esposa. A partir de este momento, exteriorizará cada vez más su preocupación moral y sus padecimientos físicos.)*

ANT. ¡Ah! (*Ap.*) ¡Apuremos hasta las heces este amargo cáliz!... (*Alto.*) Y, si volviera á caer en manos de la justicia, ¿qué harías entonces?

ADE. ¡Dios mío!... Acaso...

ANT No: no debes alarmarte... Es otra extravagancia mía... Dí, ¿qué harías en ese caso?

ADE. ¿Puedes dudarlo?.. Acompañarte hasta tu calabozo... vivir día y noche en su puerta, junto á los barrotes de su reja... Si tus carceleros no me lo permitían, iría á encerrarme para siempre en un claustro, donde mi alma haría de tu memoria un culto religioso (*Abrazándole.*) ¡Sí, mi pobre Antonio, esposo mío, te amo como en los primeros días de nuestro matrimonio... más aun que entonces!...

ANT. ¡Cuán dulcemente consuelan mi corazón esas palabras!... ¡Sí, seremos felices, muy felices!... Prepáralo todo para que esta misma noche partamos de aquí .. Luis volverá pronto y no es conveniente hacerle esperar... Vete, vete... el tiempo urge. Necesito estar solo, convenir con el doctor (*Movimiento de Adela*) el modo de tener á menudo noticias de nuestra hija y de su nuevo padre...

ADE. Deberá dárnoslas con frecuencia: sus cartas... (*Movimiento de Antonio.*) las de María han de consolar mucho nuestras penas... Voy, pues, á dar, en tu nombre, un abrazo á nuestra hija... Recibe el que con todo cariño te da su madre. (*Abrazándole.*)

ANT. Sí; llévaselo con el amor y la bendición de su padre. (*Ap.*) ¡Será el último!...

ADE. ¡Adiós, mi Antonio!

ANT. ¡Adiós!

---

## ESCENA VI

ANTONIO, sólo.

¡Desventurada Adela! Tus virtudes merecen recompensa... No seré yo quien te la niegue al abandonar este mundo... (*Con angustia.*) ¡Dios mío! preveo que se acerca el fin de mi existencia... (*Pausa.*) Leamos otra vez esta carta, que, en breves lineas, encierra mi sentencia de muerte. (*Sentándose; saca de un bolsillo un papel arrugado, que lee.*) «Antonio: Por tu amor sacrifiqué mi inocencia, mi honor y la vida de mis padres: tú me correspondiste asesinando á mi hermano... (*Pausa.*) Desde que tu mano se manchó con sangre fratricida, el aborrecimiento se apoderó de mi corazón, extinguiéndose en él para siempre, *para siempre.* (*Repite la frase llorando.*) el amor que hacia tí sentía. No turbes hoy la paz que disfruta mi espíritu...; no quieras privarme de un bienestar que no puedes ofrecerme... ¿Qué deseas de mí?... ¿Amor? .. Repito que es imposible, *¡imposible!* (*Repite la frase.*) ¿Compasión?... Eres indigno de ella... Huye presto de estos lugares, si aún he de consagrar una lágrima á tu siniestro recuerdo.» (*Los sollozos le impiden continuar la lectura.*) Respetemos el lenguaje del corazón... Los sufrimientos de esta infeliz mujer la hacen acreedora á ser obedecida... ¿Me manda que *huya?* (*Poniéndose en pie.*) ¡Sea! Pongamos entre los dos la mayor distancia posible... ¡Es preciso morir!... Pero ¿cómo?... La miseria me niega hasta las armas que podrían acelerar mi muerte... Si tuviera una pistola, un veneno... Ese balcón... (*Pausa. Mirando los estantes donde están los instrumentos de cirujía.*) ¡Ah! ya tengo lo que necesito... (*Abre uno de los estantes y coge de un estuche un cuchillo curvado.*) ¡Esta afilada punta atravesará mi corazón!... (*Rasga con la mano derecha la ropa que cubre su pecho, mirando al cielo.*) ¡Tú, que penetras mi intención, apiádate del cobarde suicida! (*Cuando va á herirse, se oye dentro la voz de Angela.*)

ANG. ¡Padre!... ¡Padre!...

## ESCENA VII

ANTONIO y ANGELA, con una luz en la mano.

ANT. ¡Mi hija!... La Providencia me envía á este ángel para evitar un crimen... (*Arroja al suelo el cuchillo.*) ¡Ya que lo quiere así el Destino, viviré y sufriré!..

ANG. (*Viendo á Antonio.*) ¡Oh, está aquí el loco! Me voy al cuarto de Adela... (*Disponiéndose á salir.*)

ANT. (*Deteniéndola.*) No, hermosa niña, no se marche usted... Hoy será el último día que nos veamos.

ANG. ¡Cómo! ¿Se va usted?... ¿Le ha curado ya mi padre?... (*Dejando la luz sobre la mesa.*)

ANT. Sí; me han salvado su ciencia y sus consejos... Mañana estaré muy lejos de aquí; mi vista no molestará á usted más. ¿No es cierto que esta noticia la agrada?

ANG. No lo niego, porque mira usted de una manera...

ANT. ¿Qué asusta?... (*Pausa.*) No tenga usted miedo. Si es verdad que estoy loco, mi demencia no puede ser más pacífica para usted.

ANG. Sí, pero esta mañana...

ANT. Perdóneme. Si cree usted que quiero hacerla mal... me arrodillaré á sus pies... me ataré las manos como un... como un cautivo de su inocencia. (*Arrodíllase, cruzando los brazos. Angela le insta para que se levante.*)

ANG. No, buen hombre; los niños deben respetar á los mayores. Póngase usted en pie, sino me voy...

ANT. ¡Loado sea Dios, que ha trocado la aversión de usted en respeto!

ANG. Pero levántese ó...

ANT. (*Ap.*) Si este ardid me permitiera estrechar su mano... (*Alto.*) No puedo alzarme por mí sólo... Estoy débil y enfermo... Deme usted la mano... (*Alargando su diestra.*)

ANG. Sí, apóyese usted en mí... ¡Pobre hombre! (*Alejándose asustada.*) ¡Ah, qué es eso!... ¡La señal de los forzados que ví en Nápoles!...

ANT. ¡Oh! (*Ocultando con la mano izquierda el puño de la derecha.*)

ANG. ¡Es usted un mal hombre!

ANT. No, ¡soy un desgraciado que merece que usted se apiade de él!... ¡Si usted supiera cuánto he sufrido, cuánto sufro ahora, se compadecería de mí! (*Solloza, continuando de rodillas.*)

ANG. ¡Pobrecillo!... Me asusta pensar el dolor, la vergüenza de su hija cuando vea esa marca deshonrosa...

ANT. No, no la verá nunca... ¡Mi hija ha muerto! (*Intenta ponerse en pie, pero le faltan las fuerzas.*) ¡Ah!... yo... (*Ap.*) ¡Me siento morir!...

ANG. ¿Qué le sucede á usted?... ¿Se pone peor? (*Ayúdale á levantarse, llevándole hasta un sillón.*) Perdóneme: mis palabras han ofendido á usted... Soy una aturdida... Llamaré á mi padre para que venga á auxiliarle. (*Intenta marcharse.*)

ANT. No, no le llame; sólo usted es quien puede aliviarme. (*Siéntase en el sillón que habrá junto á la mesa.*)

ANG. ¿Yo?... ¿Cómo?...

ANT. Usted es un ángel... Ruegue á Dios que se sirva poner fin á mis sufrimientos... El cielo oirá su fervorosa súplica. .

ANG. Sí, rezaré para que cesen los males de usted. (*Arrodíllase á los pies de Antonio, de suerte que permanezca frente al público; cruza sus manos y mueve ligeramente sus labios.*)

ANT. (*En el primer período de su agonía, con voz bronca, pero conmovido.*) ¡Quiera el Omnipotente atender la plegaria de esta niña!... ¡Qué antes de morir sea besado por ella... y qué su madre acuda á cerrar los ojos de este mísero proscripto! (*Hace ademán de besar á Angela, pero no atreviéndose, pásala por la cabeza su diestra, que llevará después á sus labios.*)

ANG. (*Poniéndose en pie.*) He concluído... ¿Se encuentra usted mejor?...

ANT. Sí... parece que estoy más aliviado... Pronto cesaré de sufrir...

ANG. Cuando rezaba, me ha parecido que me miraba la Virgen, diciéndome que le quisiera á usted mucho... ¡Oh! no sé por qué, tengo vivos deseos de llorar.. mis ojos se arrasan de lágrimas... (*Llorando.*)

ANT. (*Ap.*) Señor, ¡bendigo tu clemencia!... ¡Llora por mí!, . (*Alto.*) Sólo siento separarme de usted...

ANG. Ahora que no le temo, que le quiero, ¿se marcha usted? (*Pausa*) ¡Extraña coincidencia! Me parece que

Adela también se propone abandonarme... Esta mañana me despertó con sus besos... Luego, hace poco, me ha abrazado repetidamente, llorando mucho...

ANT. No tema usted... Adela no se separará nunca de su lado.

ANG. Me moriria de pena si me faltase.

ANT. ¿Tanto la ama usted?

ANG. Como si fuera mi madre. (*Pausa. Apoyándose cariñosamente en el hombro de Antonio.*) Cuando oigo á los criados decir que mi padre y Adela se profesan gran afecto, que se quieren como dos hermanos, mi corazón se alegra con júbilo extraordinario... Si eso es cierto, jamás nos separaremos los tres. ¿Por qué no había de ser una realidad este sueño de ventura?

ANT. Aseguro á usted que lo es verdaderamente.

ANG. ¡Oh!... ¿Será posible?... ¿Cómo lo sabe usted?

ANT. Hace muchos años, fuí criado suyo...

ANG. Pero, ¿qué interés tiene usted en decirme lo que me ocultan mi padre y Adela?

ANT. No es justo que usted suspire siempre por una madre que está á su lado y cuyas virtudes merecen que usted la ame y la respete como á la más santa de las mujeres... He aquí el recuerdo que mi gratitud quiere dejar á usted: ¡Adela es su madre!

ANG. (*Con emoción.*) ¡Adela es mi madre!

ANT. (*Ap.*) Ahora puedo morir tranquilo. (*Se desmaya al iniciarse el segundo período de su agonía.*)

ANG. ¡Gracias, buen hombre!... Pero... ¡Dios mío!... ¿qué le pasa á usted?... (*Sosteniéndole al ver que vacila su cuerpo. Gritando:*) ¡Padre!... ¡Adela!... ¡Venid!, ¡venid pronto! (*El doctor entra por la puerta del foro: Adela por la derecha.*)

---

## ESCENA ULTIMA

Dichos, el DOCTOR y ADELA.

DOC. (*Acercándose al grupo formado por Angela y Antonio*) ¿Qué sucede?... ¿Por qué gritas?

ADE. ¡Antonio!...

ANG. (*Con ansiedad.*) Padre... ¿Es verdad lo que acaba de decirme este antiguo criado tuyo?

ADE. DOC. (*A un tiempo.*) ¿Qué?

ANG. Que mi madre no murió al nacer yo.

ADE. (*Aterrada.*) ¡Oh!

DOC. (*A Antonio, con acento severo, en voz baja.*) ¿Qué la ha revelado usted?

ANT. Lo que me dictaba la voz de mi conciencia... ¡Es la mejor expiación de mis crímenes!... Adela, apresúrese usted á abrazar á ese ángel...

ADE. (*Abrazando á la niña.*) ¡Hija mía!

ANG. ¡Madre de mi alma!

DOC. ¡Antonio!

ANT. ¡Hombre generoso!... ¡Mujer virtuosa é infeliz!... Los sentimientos nobles de ustedes merecen un premio digno de ellos... Dense ustedes las manos... Así, así... (*Juntando las diestras de Adela y del doctor.*) ¡Muero contento!...

ADE. (*Cogiendo la carta que Antonio habrá dejado sobre la mesa.*) La confesión de mi amor y esta carta despiadada han apresurado su muerte.

DOC. Amigo mío, tranquilícese... Esto es un desvanecimiento que pasará pronto.

ADE. Antonio, es preciso que vivas... ¡Lo quiero; lo deseamos todos!

ANT. (*Con voz entrecortada.*) ¡María!... ¡Hija querida!... que Dios... acoja... el alma de... tu padre...! (*Entra en el tercer período de la agonía.*)

ANG. ¿Le oyes, madre? ¡Llama á su hija!...

ADE. Creía que eras tú... Abrázale... llámale padre.

DOC. Oh! sí... ¡Eso consolará sus últimos instantes!

ANG. ¡Padre!... ¡Padre mio!

ADE. Antonio... ¡Aquí está tu hija!... El cielo la envía á endulzar tu agonía... á besar tu frente.

ANG. (*Muy conmovida besa á Antonio en una mejilla.*) ¡Padre!

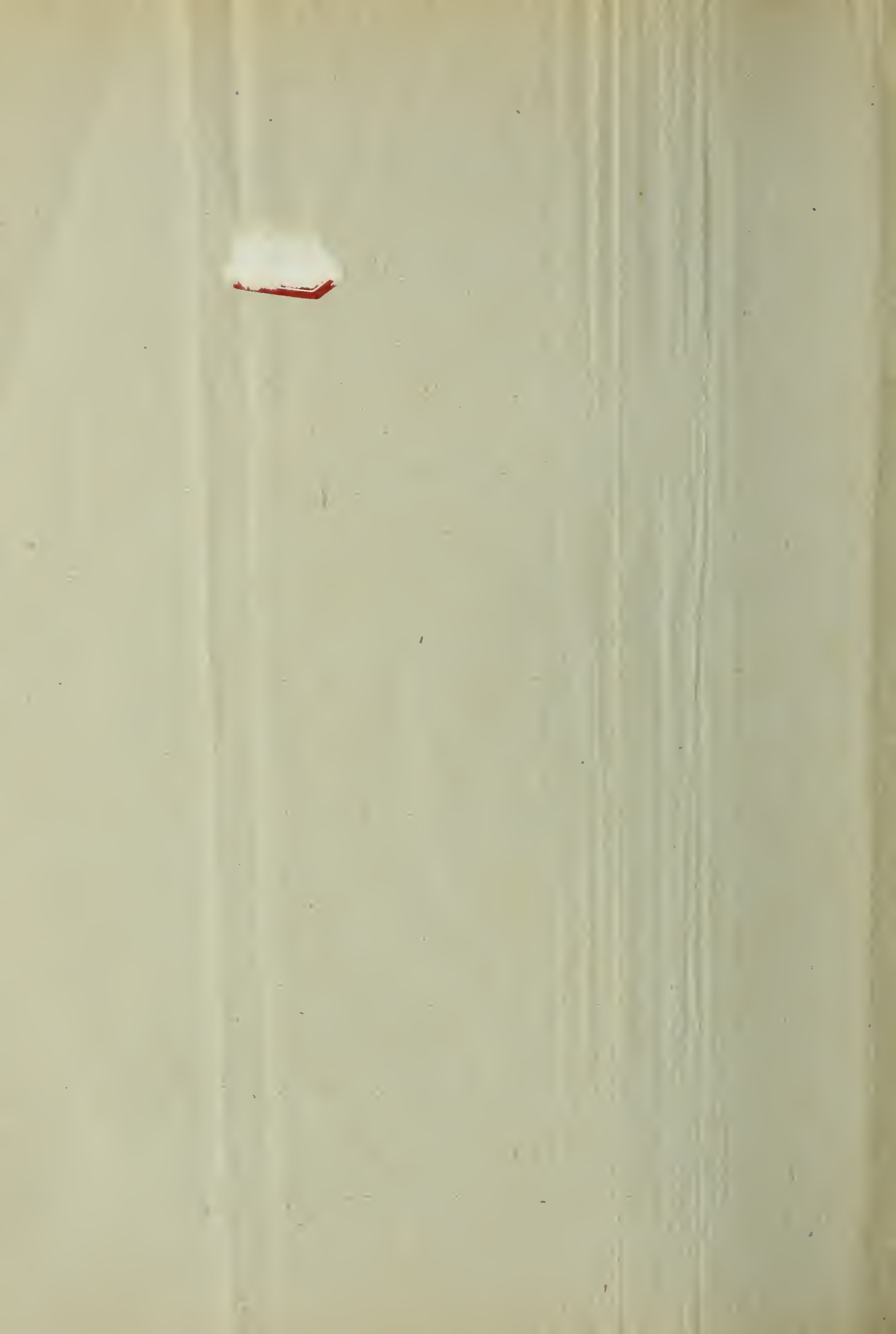
ANT. ¡Ah!... Tú... mi... hija... (*Hace un

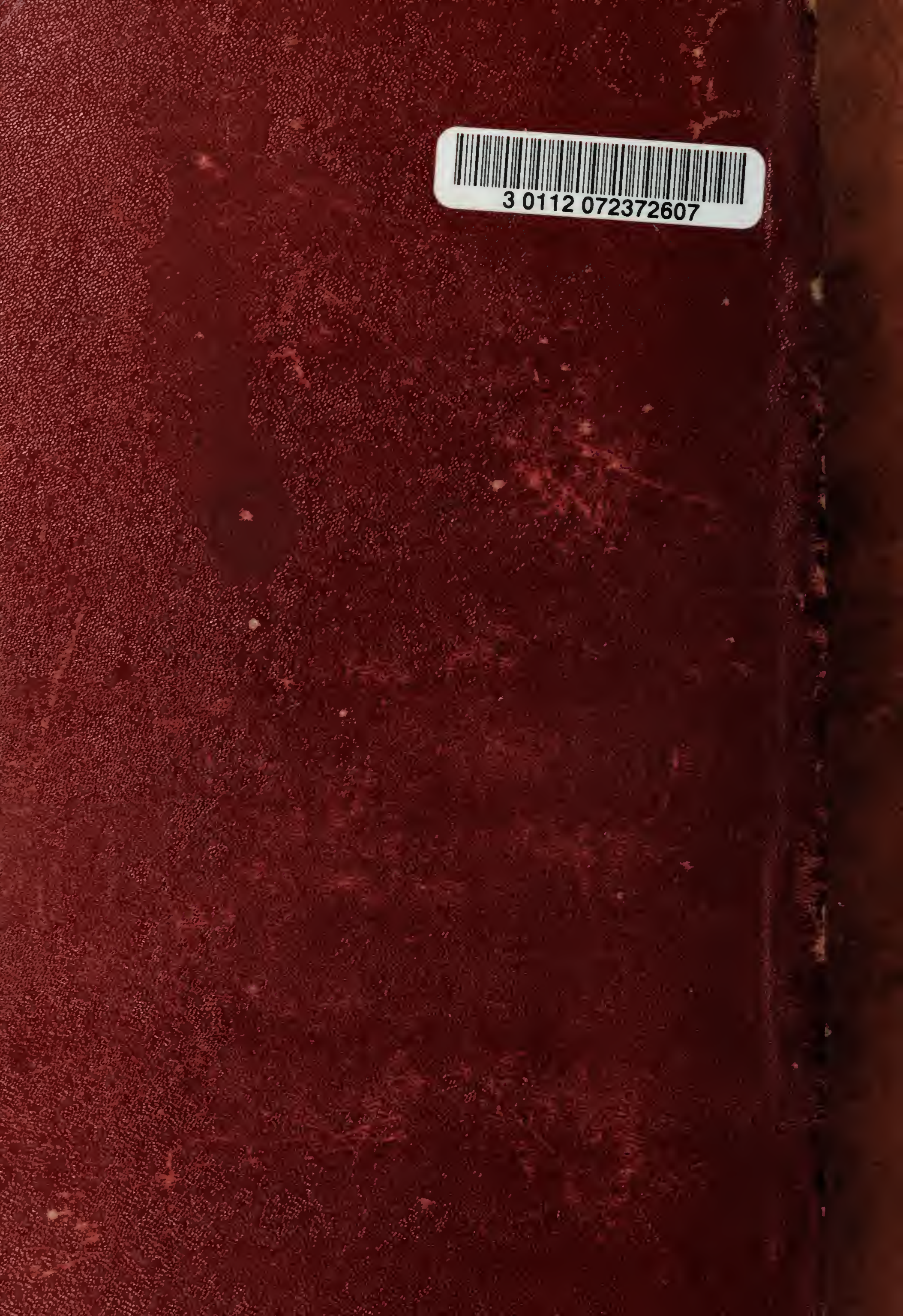
*esfuerzo supremo para incorporarse, intentando besar á la niña, pero viendo junto á sí al doctor y Adela, déjase caer en el sillón.*) ¡No!... ¡Me engañas!... Eres... Angela. (*Después de estremecerse convulsivamente muere, cayendo desde el sillón al suelo. Adela y Angela lanzan un grito de dolor y se arrodillan junto al cadaver.*)

DOC. (*Con voz solemne.*) ¡He aquí la obra de una legislación fanática!

**TELÓN**






3 0112 072372607